



MERCEDES VALDIVIESO

LA BRECHA

INTRODUCCIÓN

ARELIS URIBE



Mercedes Valdivieso

[Santiago de Chile, 1924-1993]

centró su obra en la temática de las mujeres. Se le considera una precursora del pensamiento feminista independiente. Enfocó sus trabajos periodísticos a recuperar la memoria literaria de mujeres de la generación de 1950. *La brecha* es considerada una obra fundacional del feminismo hispanoamericano. En 1963 publicó *La tierra que les di*, acerca del latifundismo en Chile; en 1964, *Los ojos de bambú*, inspirada en un viaje a China. A partir de 1966 coordinó la revista *Adán: la revista del hombre latinoamericano*, dirigida a un público masculino. En 1968 cursó un máster en literatura hispanoamericana en la Universidad de Houston, donde vivió veinte años dedicada a la docencia. En 1989 volvió a Chile. Dejó inconclusas las novelas *Greda, mujer de dos mundos* y *Mañana de furia*.

LA BRECHA

EJEMPLAR PARA DIFUSION

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

MERCEDES VALDIVIESO

LA BRECHA

INTRODUCCIÓN

ARELIS URIBE

EJEMPLAR PARA FUSIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2025

La brecha

Primera edición: Firmamento Editores: 2022

Primera edición Zuramericana Ediciones & Publicaciones: 2024

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Valdivieso, Mercedes, autor. | Uribe, Arelis, prologuista.

Título: La brecha / Mercedes Valdivieso ; introducción, Arelis Uribe.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2025. | Serie: Vindictas. Novela y memoria.

Identificadores: LIBRUNAM 2268984 | ISBN 978-607-587-519-4

Clasificación: LCC PQ8098.32.A4.B74 2025 | DDC 863—dc23

D. R. © 2025, Pablo Hozven Valenzuela
por acuerdo de Zuramericana Ediciones & Publicaciones S. A.

Primera edición Vindictas: 11 de junio de 2025
D.R. © 2025 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-587-519-4

El contenido de esta obra es responsabilidad de las autoras y no refleja, necesariamente, la posición de la UNAM.

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Valparaíso, abril de 2025

Muy considerada Mercedes Valdivieso,

Acabo de terminar de leer su ópera prima: *La brecha*, publicada en 1961. Confieso que desconocía su existencia y que es la primera vez que leo su trabajo. Ha sido un azar, de esos maravillosos, el que ha cruzado nuestros caminos. La gran Socorro Venegas (quien alguna vez me invitó a prologar una novela de Marta Brunet; invitación que debí declinar por una dolencia en la espalda que me impedía escribir) me ha contactado esta vez para escribir el prefacio de una nueva edición de vuestra novela *La brecha*; edición afiliada a la colección Vindictas de la matriarca educativa de Latinoamérica, la UNAM.

Mi estimada Mercedes, somos colegas de un oficio difícil de ejercer, en especial para nosotras, las mujeres, pues sobre nuestras carreras recae siempre la sospecha de la necedad, del plagio, de la impostación. La palabra de la mujer subvalorada a segunda categoría. No obstante, cada día se abren caminos para nuestra hermandad, gracias a propulsoras como usted, cuya obra nos ayuda a ejercer la labor literaria con más convicción y enjundia.

Le decía, acabo de terminar de leer *La brecha*, su primera novela, y me ha sorprendido empatizar con la experiencia de una mujer tan distinta a mí. Cada vez que nos enfrentamos a otros, en ese encaje que es el vínculo y la comunicación, espontáneamente olfateamos nuestras similitudes y distancias. Somos diferentes en el origen de clase, Mercedes, lo adivino por lo vinoso de su apellido, por la profesión de su padre médico, por sus antecedentes latifundistas; entonces, como mujer de apellido vasco popular, de origen proletario y sin un cuadrilátero de tierra donde echar los huesos, me asombro con humildad por hallarme en la mujer anónima que protagoniza su novela. Una mujer que se rebela a cumplir el destino socialmente signado.

Una mujer que increíblemente me recordó a mi abuela y mi madre, ambas obreras, pues todas ellas, por tener hambre de libertad e independencia, debieron renunciar a la tramposa comodidad de tener un hombre que las mantuviera.

La protagonista de *La brecha* (quien según las pistas que entrega la obra ha nacido en la década de los cuarenta, tal como mi abuela hortalicera) con bastante lucidez reconoce el matrimonio como una prisión cuando el amor está ausente. Sin amor, las nupcias son una cárcel, en la que el cuerpo de la mujer es una ofrenda condenada a la satisfacción hacendosa y sexual del hombre. Afortunadamente librada de la primera imposición —por su condición de señora que dispone de servidumbre— la anónima narradora de esta historia no se sacude de la segunda. Escribe usted en un pasaje, en el que la protagonista acaba de discutir con su esposo y él, como toda solución, así actúa: “El sexo fue el gran amortiguador. Se sirvió de él una vez más, intensa, angustiadamente”. Repta por estas páginas, vez tras vez, el lacerante léxico de la dominación masculina. Se describe un hombre que grita “¡eres mía!” en el acto sexual, que persigue a su exesposa por las calles para demandar que regrese, que la espía a través de las persianas de su nueva casa de separada, que se niega a firmar los papeles de separación/nulidad, que busca la reconciliación a través del “love-bombing” o bombardeo adulatorio para recaer rápido en la amenaza, bajo la cual habita el potencial feminicida: eres mía o no eres de nadie. Eres mía o de la muerte.

Es la tragedia del hombre que ha buscado una mujer sumisa y el universo le ha concedido una rebelde. Usted, Mercedes Valdivieso, se invistió feminista. La cito: “Si haberse interesado en la otra mitad de la especie que no tiene voz es ser feminista, lo soy”. Comulgo con sus palabras, para mí, feminismo es la búsqueda de libertad (ergo, de expresión de la propia voz) y de la capacidad de entrelazarse socialmente para alcanzar dicha libertad. En *La brecha* la protagonista vive en los años cincuenta del siglo xx, es una señora cuica con la osadía de terminar su matrimonio, tener amantes, vivir sola con su hijo, realizarse un aborto. Es una porfiada que, so pena de la condena social, ha elegido ser ama de sí misma. De ahí que se haya catalogado esta novela como la primera obra feminista de Latinoamérica. De ahí que usted,

mi querida Mercedes, haya comenzado un legado literario del cual recién me acerco a beber, pero del que insospechadamente ya me he servido. Escribo porque antes de mí escribieron otras; escribo porque el destino cruzó en mi camino a autoras que han sido mis maestras. Pienso en Diamela Eltit, a quien tuve la suerte de conocer en Estados Unidos y quien tuvo la generosidad de leer y comentar textos míos. Eltit, feminista acérrima, fue vuestra discípula. Así, unidas por los misteriosos eslabones de la creación, estamos usted y yo más cerca de lo previsto.

Otra cuestión que nos une más allá del tiempo y el espacio es la afición por la gran maestra Gabriela Mistral. Confieso (si me permite el “spoiler”) que fue una sorpresa conmovedora leer el capítulo en el que la protagonista asiste al funeral de la Mistral en Nueva York, homenaje metaliterario que además nos ayuda a situar la novela temporalmente: estamos en 1957 y la primera mujer hispanoamericana en obtener el Premio Nobel de Literatura acaba de morir a los 67 años en un hospital neoyorquino. Una coincidencia adicional nos concatena al infinito, mi apreciada Mercedes, pues yo también viví en Nueva York y allí conocí a Diamela Eltit y fue en Nueva York donde descubrí a Sylvia Plath, cuya brillante novela *The Bell Jar* encontré en un acopio de libros tirados en la vereda. No puedo evitar vincular el espíritu de *La brecha* con la obra ficcional y biográfica de Sylvia Plath. Quizá supo usted, Mercedes, de la vida y muerte de Plath, gran poeta, narradora y dibujante estadounidense. Dicen que se mató de oprimida y deprimida. En *The Bell Jar*, Plath despliega las vicisitudes de una joven que persigue el casamiento porque ha aprendido que es su deber ser; sin embargo, una vez casada, el calabozo del matrimonio la angustia al punto de recibir electroshock para apaciguar su tristeza y contumacia. Esa narradora, sabemos, se parece demasiado a Plath, quien se suicidó para escapar de un marido que la encasillaba en el cuidado de los hijos y no le permitía desplegar sus alas literarias.

La personaje de Plath fue guerrera de su autodeterminación en Nueva York, lo mismo que la adalid anónima perfilada por usted en su obra, mi admirada Mercedes, lo mismo que yo en los años que pasé en la city. Parabienes para aquellas luchadoras que deciden resistir en un mundo tantas veces violento e insufrible. Alegría de que su personaje, Mercedes, haya elegido la

difícil y hermosa empresa de sobrevivir, y no el otro camino, también difícil, de la muerte deliberada, como Silvia Plath.

La pasión indomable de la protagonista de su novela, Mercedes, igualmente me ha recordado a las heroínas de María Luisa Bombal. Las mujeres de *La última niebla*, *La amortajada* y *El árbol* están ávidas de amar con entrega radical, son señoras ricachonas insumisas, que con valentía abandonan matrimonios infelices, duermen con amantes anónimos, buscan rabiosamente asir aquello que las haga vibrar, en esta vida brevísima, que sólo vivimos hacia adelante y que más nos vale disfrutar.

Con una prosa límpida y ágil, *La brecha* se lee con asombrosa velocidad y avidez, alcanza ese punto candente en el que la lectora desea conocer el final, saber cómo termina la historia. ¿Cuál será el destino de esta indómita mujer anónima? Ella, que pese a los privilegios que su clase pituca (a saber: servidumbre, dinero, contactos) se mantiene en la vulnerable incertidumbre de la fuga. La vida es lucha, querida colega, y así lo perfila su obra.

Me he encontrado en estas páginas, querida mía, porque también batallo día tras días para sobrevivir por mí misma del oficio escritural. Soy una obrera de la literatura. Hay un personaje secundario en este libro, nombrado al pasar, un tío de la protagonista dedicado a la pintura, que desde que tomó el lápiz se abocó a vivir de la tarea de artista plástico. En un pasaje se relata su muerte, en sus últimos momentos, el pintor expresa su anhelo de que lo sepulten en un camposanto común, sin opulencias. “He pintado al pueblo; con él quiero morir”, dice. Me encontré en ese pequeño discurso, querida mía, ya le he narrado mi origen, ya ha de comprender por qué.

Muy apreciada Mercedes Valdivieso, quiero despedir esta carta dándote las gracias por cruzarte en mi camino, tomándome la libertad de tutearte, por ser una mujer invicta al paso del tiempo, fortuna la mía de poder prologarte.

Cariñosamente,

ARELIS URIBE

LA BRECHA

El personaje de esta novela no tiene nombre,
pero podría ser el de cualquier mujer de
nuestra generación.

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

Me casé como todo el mundo se casa. Ese mundo de las horas de almuerzo, del dedo en alto, guardián de la castidad de las niñas. Antes de los veinticinco años debía adquirir un hombre —*sine qua non*— que velara por mí, me vistiera, fuera ambicioso y del que se esperara, al cabo de cierto tiempo, una buena posición: la mejor posible.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que un marido era absolutamente indispensable. Yo tenía diecinueve años, voluntad firme, pasión, belleza; un parecido físico extraordinario con mi padre, muerto hacía mucho tiempo; exuberante, de una gran sensualidad.

—Cuando crezca, nos iremos a Europa solos; no existirá mozalbete capaz de usted —me decía él.

Pero se acabó. Verano, sol, y se acabó: invierno. El negro del vestidito de luto se extendió, creció y lo cubrió todo. Tras los baúles, los cuadros amontonados, las ollas vacías, apareció la figura de la abuela materna; no más bolitas, soldados de plomo, patines. Su voz resonó siempre oscura:

—Eres mujer y aprenderás a zurcir y a estar quieta; nadie querrá que a los diez días de casada te devuelvan por inútil.

Los interminables momentos después del colegio con un calcetín en la mano y el duro rostro enfrente.

—¿Puedo ir a jugar con Andrés?

—¿A la calle, como un muchacho? Él puede hacerlo; tú eres diferente. ¡Cómo te pareces a tu padre!

(“¿Cuál será la diferencia? ¿Por qué no se morirá? Él era tan fuerte, tan divertido, y ella es vieja y me odia. Cuando sea grande no tomaré jamás un calcetín.”)

Mamá llegaba tarde, cansada; se sentaba frente a nosotros, ausente. Había adelgazado mucho. Andrés corría a su lado.

—¿Están bien?

La abuela advertía:

—No pueden molestar a su madre, trabaja mucho; nadie compra o arrienda casas a la primera. Eduardo, tu padre —mirándome especialmente— no dejó dinero...

El noventa por ciento de la frase cayó sobre mí.

—¡Dios mío! Si se acabara, también, ¿qué haríamos?

Andrés parecía tan débil, necesitaba demasiado de ella; me dolía el pecho de angustia.

Pasaba el año. Frío, calor. Mis primas se hacían vestidos de playa y campo. ¡Playa y campo! En el inmenso *hall* de la casa de mi abuela paterna conversaban de muchachos, de fiestas, de amigas que no querían. Junto a sus dieciocho y veinte años, mis piernas, de nueve, deseaban alargarse. Agradable casa aquella: olor a pan tostado en el repostero a la hora del té, huevos en el gallinero, queso del fundo; la voz de César, el chofer, en el cuarto de Fresia, la empleada del comedor, y el esperado paseo con mi abuelita en auto, a veces, por las tardes.

Nos despedía desde el coche, frente a nuestra puerta. Ambas viejas señoras se rechazaban fuertemente. Rica, segura, mundana una; empobrecida, amargada la otra. Ambas rezaban a Dios. Jesús me veía coser calcetines en mi casa y robar caramelos en la otra.

(Asomarse al tiempo como a un túnel; se agolpan los rostros, se aprietan los momentos, se condensa la masa del recuerdo. Tan difícil, tanto dolor. ¿Qué camino tomar para soltar la verdad? Angustia, soledad, rebelión. ¿Es absurdo taladrar?)

—¡Qué hermosa es usted! ¡No tiene problemas!

Se ven caras, no corazones...

Toda esa época de los últimos años de colegio, aprontándome para salir a la vida, bullendo ya en ella.

Mamá pesaba con autoridad sobre mis arrebatos de libertad, limitándola con firmeza. Me defendía furiosamente. Los veintiún años —pertenecerme— me parecían tan lejanos como la luna. Comencé, entonces, a pensar en solucionar el problema.

Momentos oscuros de la adolescencia, de sueños sobresaltados. De la atmósfera pía de las monjas, a casa, sin complicaciones religiosas, más bien laica. Mamá, a veces, nos acompañaba a misa y punto. Hasta ahí llegaba su cristianismo. Solía tener frases precisas para referirse a la gente:

—No puede ser bueno, es beato.

Después añadía riendo:

—Por cierto que no se creen beatos, sino creyentes, observantes.

Los despreciaba.

Pero yo era mujer y debía estar entre niñas de mi clase. Los liceos le producían cierto pavor. Jamás se conformó de haber aceptado —por razones económicas— uno de ellos para mí. Murió mi abuela y nuestro nivel de vida mejoró, no demasiado —los herederos eran muchos, siempre en pugna—, y así fui a dar a uno de esos exclusivos colegios de monjas.

Al término de las humanidades, el bachillerato y luego un espacio de tiempo sin forma definida, antesala al matrimonio.

Un día, acompañando a su prima, llegó a casa Gastón, todo un joven y promisorio abogado. Sabía por mi amiga que había obtenido durante todos sus años de universidad las calificaciones más altas.

Me miró como deben abrirse los ojos en la luna: atónito. Desde ese momento todo tenía que precipitarse porque la perspectiva de salir de casa me parecía de posibilidades ilimitadas. Bajé la cabeza, me tiré por la ventana, sin pensar que junto a ella estaba la puerta por abrirse.

Ciega entre ciegos.

¿Quién podía dar un consejo y lograr que yo lo escuchara?

Porque intuía que ese mundo que me rodeaba no merecía crédito.

Ya marido y mujer. Ofició un arzobispo revestido y solemne; la gente en la iglesia, de pie. El sermón servía de fondo a mis pensamientos: “Esta es la única vez, si no enviudo, que puedo casarme religiosamente. Pero nunca más intacta”.

Saludar después de la función mil rostros curiosos con una leve sonrisa y partir al colegio, a la visita de bodas. Luego la fotografía de novia, la misma

que permanece igual en cualquier sitio. Y vestirse en la noche antes de viajar para la “luna de miel”.

Partí virgen. Contrariamente a los cuchicheos de la hora del recreo en el colegio o después en el salón, no tuve molestias. Tras un ligero dolor, un atisbo de placer, el primero, *in crescendo*.

Hacía un tiempo, estando yo de novia, una de mis primas hizo volver los ojos a su hija mientras cambiaba los pañales al niño menor. Recuerdo que me estremecí de ira y se lo reproché en voz baja. Me miró y sus pupilas tenían mil años de espanto, de superstición. El miedo representado por el sexo y transmitido como el pecado original desde antes de nacer. Sexo, demonio, ¿por qué?

Aquella parienta de mi marido, exclamando con los ojos cerrados en su noche de bodas: “¡Señor, por mis pecados lo ofrezco!”

En la escala ascendente del placer resonó como una nota en falso aquella frase que mi marido repetiría durante años, gimiente y triunfal:

—¡Mía! ¡Eres mía!

La débil posesión a través del sexo.

Durante esa primera noche corrió el tren hacia el sur. Rendidos con la fatiga de aquel largo día, estábamos caídos sobre las sábanas. De vez en cuando, al cruzar una estación a menor velocidad, entraba por la ventanilla la luz amarilla de los faroles moribundos en los andenes. Después, verde, azul, oro: árboles, cielo, sol.

El agua de los lagos era tibia. Nadábamos hasta muy adentro.

—¡Te gané, ya estás cansada!

Yo apretaba los dientes y volvía hacia la orilla. Jamás aceptaría supremacía de ninguna clase. La competencia surgía como un duende con las manos escondidas en la espalda. En los años que vendrían las iría mostrando poco a poco. Entre los dedos, dados marcados.

Escape a la realidad. Magníficos hoteles, comidas, grandes propinas, y no éramos ricos, por supuesto. Una tarde formamos grupo con otra mesa vecina. Buena orquesta, pastos sin una arruga cercando la pista negra. Bailé con un muchacho alto, que me gustó por su agilidad. Después de movernos disparadamente un rato, pegó su cuerpo al mío con avidez. Conservé las apariencias

manteniendo aparte la cabeza. Sentía dos ojos maritales sobre mí y resultaba divertido. La ropa de verano era demasiado gruesa sobre la piel, los descubrimientos seguían siendo maravillosos. Acostumbrada a beber poco, había comenzado a tomar licores dulces, los únicos posibles. Miré el rostro tostado, los labios sedientos de mi compañero.

¿Cómo sería el whisky?

Aquella noche no bajamos a comer. Los celos enloquecieron a Gastón. Oí una y otra vez su gemido:

—¡Mía, mía, mía!

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN